

## **LA TRAYECTORIA PERIODÍSTICA DE JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS**

JULIÁN MOREIRO

**RESUMEN:** Del escritor albense José Sánchez Rojas nos han llegado innumerables anécdotas, pero su obra es aún poco conocida. Su nombre es una referencia inexcusable en la historia del periodismo salmantino, y aun español, del siglo XX. Este artículo se ocupa de analizar los principales núcleos temáticos de su trabajo: la evocación del paisaje castellano, el análisis de la realidad política, la crítica literaria o el estilo confidencial son asuntos recurrentes de sus crónicas, siempre personales y formalmente irreprochables.

**PALABRAS CLAVE:** Castilla, paisaje, lirismo, política, crítica, confidencia.

**ABSTRACT:** Many anecdotes have come down to us about the writer from Alba de Tormes, José Sánchez Rojas, but his work is still little known, although his name is an essential reference point in the history of Salamanca journalism, and even of Spanish journalism, in the twentieth century. This article analyses the main thematic nuclei of his work: evocation of the Castilian landscape, analyses of the political situation, literary criticism, and a confidential style are recurring topics in his chronicles, which were always personal and formally impeccable.

**KEY WORDS:** Castile, landscape, lyricism, politics, criticism, confidence.



En la historia del periodismo salmantino del siglo XX, José Sánchez Rojas (Alba de Tormes, 1885 - Salamanca, 1931) ocupa un lugar destacado. Aunque su nombre les resulta familiar a cuantos se han ocupado de la prensa durante los primeros años del siglo, permanece aún borroso para los lectores en general: como otros contemporáneos suyos, cuyo rastro se desvaneció tras el torbellino de la guerra civil, no tuvo suerte con la posteridad. Casi olvidado durante décadas, su memoria quedó reducida al rótulo de una calle en su pueblo natal. En los últimos treinta años hemos asistido a una recuperación, todavía parcial, de su figura, capaz de codearse con los grandes publicistas españoles del primer tercio de siglo<sup>1</sup>.

Fue nuestro hombre un periodista vocacional. Se decantó por la profesión a contrapelo de los consejos de su maestro, Miguel de Unamuno, que tanto a él

1 Estas son las principales cabeceras donde Sánchez Rojas colaboró, y en cuyas colecciones puede seguirse su trayectoria:

Diarios: *El Luchador* de Alicante; *La Publicidad*, *La Vanguardia* y *La Veu de Catalunya* de Barcelona; *El Liberal* de Bilbao; *El Noroeste* de Gijón; *Diario de Huesca* de Huesca; *El Heraldo*, *El Liberal*, *La Libertad*, *El Sol* y *El Parlamentario* de Madrid; *El Adelanto* y *El Castellano* de Salamanca; *La Voz de Guipúzcoa* de San Sebastián; *El Pueblo* de Valencia; *El Pueblo Gallego* de Vigo.

Revistas: *La Basílica Teresiana* de Alba de Tormes; *La Actualidad* e *Iberia* de Barcelona; *Alrededor del Mundo*, *Crónica*, *La Esfera*, *España*, *La Lectura*, *Mundo Gráfico* y *Nuevo Mundo* de Madrid; *La Ciudad* y *Gente Joven* de Salamanca.

como a sus compañeros les ponía en guardia contra los peligros del «literatismo» cuando se iban a Madrid a proseguir sus estudios. Pero Sánchez Rojas encontró más atractivos en la prensa que en sus clases de doctorado en la Universidad Central, aunque jurara en sus cartas a Don Miguel que no se desviaría del camino que le había trazado, lejos de las redacciones. En un inútil afán por convencerse a sí mismo de opiniones que le eran ajenas, se excusaba en una carta escrita en febrero de 1907 a su otro maestro, Pedro Dorado Montero: «Temo meterme en los rotativos. No puede usted hacerse una idea de cómo aplanan y cómo cortan la rebeldía y la sinceridad»<sup>2</sup>.

Era inútil luchar contra la propia naturaleza, pues, a su juicio, el periodista, el escritor, nace mucho más que se hace: «Las mejores calidades del hombre son innatas y no adquiridas. Se nace poeta como se nace bueno; el hábito perfecciona la calidad, pero no la desvía ni la modifica sustancialmente; se escribe bien como se viste bien, por algo que no presta la corrección del gramático ni el corte del sastre: por instinto» (*El Adelanto*, 23 de octubre de 1915). El estilo, si es digno de ser así llamado, ha de basarse en la espontaneidad y huir de las reglas: la gramática no enseña a escribir mejor, afirma, como tampoco la fisiología enseña a digerir más adecuadamente.

Además de ser espontáneo, creía Sánchez Rojas que el escritor había de ser sincero. En una fecha tan temprana como 1903, hacía esta pública declaración de sus convicciones literarias: «Tengo para literato una cualidad extraordinaria [...]: soy brutalmente franco o francamente brutal. [...] No reconozco ni linderos ni fronteras en los sahumeros y en las diatribas» (*Noticiero Salmantino*, 23 de junio). Y en mayo de 1922 publicaba en *La Esfera* una suerte de oración civil («Divagaciones en horas de serenidad») donde insistía en la misma idea y subrayaba otros valores del escritor auténtico: «¡No nos dejes caer en la tentación de tirar la pluma, Señor! Líbranos del mal de la insinceridad, del silencio, de la ironía, de la mordacidad, de la burla, de la blasfemia, de la mediocridad, de la indelicadeza, de la grosería, de la incomprensión, del odio, de la indiferencia, de la crueldad y del desdén». He ahí las armas con que defenderse de los peligros del periodismo mencionados en la carta a Dorado Montero antes citada.

Su bohemia, su resistencia a toda claudicación y su incapacidad para acomodarse a las formalidades de la vida cotidiana lo convirtieron en un verso suelto. Gracias a ello pudo mantener la independencia de criterio hasta el fin de sus días: franco y directo lo fue hasta aquella fría mañana de la Nochevieja de 1931, cuando se dejó la vida en una habitación del Hotel Términus de Salamanca, junto a la Plaza Mayor. A esas alturas, su firma estaba entre las más conocidas de la prensa española, aunque carecía de ascendiente no solo porque, según sus propias palabras, «en ningún país influye con menos eficacia el escritor público que en nuestra

2 La correspondencia de Sánchez Rojas a Unamuno se guarda en la Casa Museo de este; la dirigida a Dorado Montero –más escasa– está depositada en el Archivo Histórico de la Universidad de Salamanca.

España», sino también porque fue un inadaptado, un huésped incómodo en todas las redacciones. Su único patrimonio era su independencia, que defendió celosamente en un ambiente poco acostumbrado a ella. Y fue periodista por encima de su aversión al periodismo: a su juicio faltaban periódicos objetivos, de verdadero alcance nacional, y sobaban periodistas amigos del sensacionalismo y la frivolidad e incapaces de pensar por cuenta propia. Si algo caracterizaba al periodismo español, a su juicio, era el sectarismo; y tocó fondo durante la dictadura: «Es hogaño, más que nunca lo fuera, oficio vil, de los que se cotizan en los bolsines de la lonja del deshonor» (*El Pueblo Gallego*, 27 de enero de 1924).

Como no era posible –o no resultaba fácil– nadar contra corriente, optó por vivir en los márgenes y dejar que se hicieran a su costa toda suerte de chistes. Al final, la figura del hombre desastrado, protagonista de una colección de anécdotas en las que se hace difícil distinguir lo real de lo legendario<sup>3</sup>, ha empañado la personalidad del escritor, que ha recibido una atención inferior a sus merecimientos.

## 1. EL PINTOR DE PAISAJES

Sánchez Rojas hizo sus primeras armas en periódicos y revistas salmantinos: las páginas de *Gente Joven*, *Noticiero Salmantino*, *El Adelanto*, *El Castellano* y *La Ciudad* vieron sus crónicas a partir de 1903. Fueron sus contemporáneos, entre otros, Fernando Íscar Peyra, Federico de Onís, José Cimas Leal, Pepe Rey o Luis Hortal, un prometedor grupo de jóvenes, crecido a la sombra de Unamuno, que tuvo variada fortuna vital y profesional.

Quizás la iniciativa más romántica e independiente del inicio de siglo en Salamanca fue la fundación del semanario *Gente Joven*, que apareció el día 3 de diciembre de 1904. Desde su primer número, la revista se presentó como portadora de savia nueva: proclama que la juventud es un valor en sí misma, se muestra inquieta y preocupada por el letargo de la vida ciudadana y se declara dispuesta a que «vivir no sea dormir» para que Salamanca pueda entrar en la «vida moderna». Su afán por remover conciencias bien puede resumirse en el grito de Sánchez Rojas: «¡Abajo con los jóvenes tristes!».

---

3 Muchos periodistas contemporáneos dejaron testimonio de su personalidad extravagante, contribuyendo así a agrandar la leyenda del bohemio. Citaré, por ser menos conocido que otros, el de José Luis Salado que, el 14 de febrero de 1926, escribía en el periódico coruñés *El Orzán*: «José Sánchez Rojas es la personificación, la encarnación del Contraste. [...] Es el tipo opuesto a su literatura, tan limpia, tan pulcra, tan llena de serenas brillanteces, hecha toda ella como con rasos y con sedas... Descuidado, roto, la camisa negruzca de tan sucia, los pantalones deshilachados sobre los zapatos viejos, en el rostro la recia sombra azul de una barba de quince días, Sánchez Rojas, más que el creador de esa prosa señera, parece un hampón, un vencido, un ex hombre cualquiera».

La revista terminó sus días tempranamente, víctima de las apasionadas diferencias entre los redactores, de cuyo impetuoso talante son buena muestra las palabras escritas por nuestro personaje en el número de febrero de 1905:

Os digo, lectores, que estoy a mis anchas cuando llueven protestas y contraprotestas, cuando se arman zipizapes, cuando se levantan polvaredas, cuando nos encontramos con un conocido que ya no nos saluda. El tropezarse, en la vida, con enemigos irreconciliables es un placer que no pueden degustar todos los hombres. Decididamente, es bello el escándalo. Refresca la sangre y quita los malos humores.

En *El Adelanto* colaboró Sánchez Rojas durante treinta años (aunque hubo periodos de distanciamiento), un caso raro de fidelidad en hombre tan inestable; eso convierte al diario en fuente imprescindible para conocer al periodista albense. Fue en sus páginas donde aparecieron sus primeras crónicas de cierto aliento: en agosto de 1903 publicó siete artículos sobre la provincia de Vizcaya, que conoció porque pasó en Portugalete algunos periodos vacacionales con su familia. En esos tempranos escritos muestra ya su espíritu observador de paisajes y paisanajes y su afán por captar en unas líneas la esencia de un pueblo, de una ciudad, de una región. Demasiado joven aún, demasiado radical en sus apreciaciones, hace algunos juicios inteligentes, pero también otros que resultan temerarios por ingenuos y tópicos. Por ejemplo, dice de los bizkaitarras que su mayor defecto es el aislamiento intelectual: para la burguesía vasca, todas las manifestaciones del pensamiento se reducen «a cosas de menú y de pulmones»; por eso el separatismo vasco carece, a diferencia del catalán, de enjundia intelectual: «Si se les saca de sus cosas de *sport*, son inútiles».

Ese estilo directo, atrevido, fue una de las señas de identidad del cronista, más ácido y exigente cuanto más próximo se sentía a su objeto de trabajo; de ahí que fuera implacable con Salamanca, más allá de su devoción por la ciudad. En un artículo publicado en *Nuevo Mundo* el 25 de octubre de 1929, escribe: «El campo ha invadido la ciudad en la comarca salamanquina y Andalucía ha invadido el campo. Antes exportábamos doctores, pero ahora exportamos toros. No creo que sea irreverencia asegurar honradamente, con la diestra puesta sobre el corazón, que hayamos perdido cosa alguna con el cambio». Se consideró a sí mismo un propagandista de la riqueza artística salmantina y censuró insistentemente la desidia de las autoridades, que apenas se afanaban en la promoción de de la ciudad.

Nunca dejaría de publicar crónicas de viajes, sensaciones de visitante fugaz o de conocedor profundo de las tierras descritas. Viajar, callejear por las ciudades –flanear, como él decía, recurriendo al galicismo– le esponjaba el alma. Castilla, sobre todo, pero también Galicia, Cataluña, León, el País Vasco, Asturias, Extremadura y Andalucía le inspiraron algunas páginas admirables por su sensibilidad, por la inteligencia de sus análisis y por su defensa del maltrecho patrimonio artístico; la denuncia del abandono de ciudades y monumentos es una constante en sus artículos: «La pereza y la ignorancia de las gentes, unidas a la ineptitud de los Ayuntamientos y a la quedad de los miembros de las susodichas comisiones

[provinciales de monumentos], van destrozando, poco a poco, el tesoro que nos legaron los abuelos; y con él, el alma de la raza», escribe en *El Adelanto* el 22 de septiembre de 1911.

La pluma de Sánchez Rojas alcanza en estas crónicas de andar y ver algunos de sus momentos más brillantes, haciendo gala de un lirismo de estirpe azoriniana (admiró profundamente a Azorín, aunque le dedicó andanadas implacables cuando se sintió defraudado por sus posiciones políticas). La prosa de nuestro escritor fluye con una naturalidad admirable y trasladada al lector, a través de una sintaxis limpia, sencilla y sonora, «la emoción del momento», por utilizar de nuevo términos sanchezrojanos. Dos botones de muestra; en primer lugar, el comienzo de un artículo de tema albense recogido en *Paisajes y cosas de Castilla* (1918):

Tarde de julio asfixiante, abrasadora. La vega mimosa de tonos delicados y femeninos, con el telón austero y grisáceo de los encinares en el fondo. La sierra de Béjar, al sur, recortando con manchones zarcos el paisaje casto y limpio.

Tarde de Julio abrasadora. Pero en este momento se respira; un airecillo sutil refresca la cabeza, que dejamos al aire. ¡Mira en frente de ti! Las aguas del Tormes están rizadas y parecen escamas argentinas. Llega hasta nosotros el ruido monótono de la molienda de la Aceña del Puente. El torreón del homenaje se espeja con deleite en el cristal del río.

O este párrafo con el que concluye «Apuntes del camino», publicado en *La Esfera* el 22 de marzo de 1924:

Penetramos en Ávila: cadetes, niñas enlutadas, hábitos del Carmen. Y las campanas de San Juan, la parroquia donde se bautizó Teresa de Jesús, tañen solemnemente y con estrépito. La ciudad se estremece ante el mágico canto de los sonoros bronces. Dos curas gordos, un comandante retirado, el pito del tren que rompe, por unos segundos, la sonoridad de las campanas. San Vicente. Silencio. Los equipajes en la fondita... María de la Luz escribe rápidamente los nombres de los viajeros y sonríe.

Fue en vida un cronista esencialmente identificado con Castilla, pedazo de España que conocía de punta a punta y que era el sonido de las campanas al atardecer y el color otoñal de las tierras de pan llevar; el eco de un romance viejo y la piedra dorada de una catedral; el cielo azul y redondo y el mercado donde charlan los chalanos de Medina o de Toro; el murmullo de una fuente y la poesía mística asomando por Fontiveros; la llanura inmensa contemplada al paso de un vagón de tercera, y el campesino sentencioso hecho de surcos y rudeza. Fue la suya una voz personal y diferenciada entre sus contemporáneos y se escuchaba con respeto. Y una voz crítica con los escritores desangelados y tópicos que inundan las páginas de la prensa local o provincial, caen «inexorablemente, como la langosta, sobre estos campos que nada les han hecho, que nada han sabido sugerirles a ellos, que se limitan a ser ecos de ecos, reflejos de reflejos y sombras de sombras»

y no saben emplear sino «metáforas viejas y manidas que fueron un día nuevas y fragantes en unos versos de Gabriel y Galán, en una impresión directa del paisaje de Miguel de Unamuno, en una evocación de Azorín»<sup>4</sup>.

## 2. EL PERIODISTA POLÍTICO

Sánchez Rojas se declaró liberal por herencia, por instinto y por estética: «He nacido liberal como otros han nacido ultramontanos y neos», escribió. Rehusó entrar en política, pero se interesó por la cosa pública y la diseccionó en centenares de artículos, dedicados tanto a glosar las figuras principales de las fuerzas políticas como a valorar el estado de cosas, convencido de que, pese al escaso eco de la prensa en la opinión pública, valía la pena sembrar ideas: el oficio del escritor de periódicos, como el del sembrador, consiste en «arrojar la semilla en toda suerte de tierras, estériles o fecundas. Que prenda o no la simiente es achaque de la tierra, que no del sembrador».

De nuevo hemos de acudir a las páginas de *El Adelanto* para encontrar la primera gran serie de crónicas políticas, un conjunto digno de estudio por ofrecer un retrato de los usos y costumbres electorales del tinglado caciquil. Entre febrero y abril de 1914 publicó en el diario salmantino veinticuatro artículos agrupados en dos epígrafes sucesivos, «Manual del candidato» y «Manual de diputado», a propósito de las elecciones que tuvieron lugar el 8 de marzo de ese año.

Con un tono que oscila entre la ironía y el sarcasmo, Sánchez Rojas redacta una serie de instrucciones sobre cómo realizar una campaña electoral, si se refiere al candidato, o cómo conducirse en el Congreso, cuando habla del diputado. En ambos casos pretende desvelar la vacuidad de la vida política y parlamentaria, fundamentada en un fútil repertorio de tópicos y apariencias: «Prometa a troche o moche el candidato; no le detenga nunca el menor reparo ante la magnitud de la promesa. Los pueblos son bobos y todo se lo tragan», leemos en uno de los artículos; «No dé su opinión sobre ningún asunto público nuestro amigo el diputado; un diputado de la mayoría no debe tener opinión», leemos en otro. El escritor no se recata en aludir a políticos en activo para ejemplificar las conductas que aconseja, y es entonces cuando su pluma alcanza extremos de agudeza. La última entrega es una carta al catedrático de Derecho Político de la Universidad de Salamanca, Tomás Elorrieta, proponiéndole el *Manual del diputado* como libro de texto.

Nuestro personaje frecuentó el Congreso desde que llegó a Madrid en 1907 y se convirtió en uno de los cronistas parlamentarios más críticos. Su fe en la vida

<sup>4</sup> Palabras procedentes de un artículo publicado en *La Vanguardia* el 2 de agosto de 1913. El escritor albense lamenta con frecuencia que la prensa y la literatura hayan contribuido a difundir una imagen acartonada y falsa de Castilla, responsabilidad que en alguna ocasión hace extensiva a los hombres del 98 a pesar de su vinculación con ellos.

política es nula; el Parlamento –al que suele referirse como «Retablo de Maese Pedro» y considera «un casino provinciano no muy comfortable»– vive de espaldas a la realidad, dedicado al compadreo, y es «tan inútil como todas las conquistas democráticas de los tiempos que corremos. No sirve para nada ni ha hecho nunca nada. La mayoría es el número, no la calidad», como decía en *El Adelanto* el 8 de marzo de 1911. Y el 12 de octubre: «El político es un tráfuga de la vida normal; el político, con el periodista, forma las capas altas de la hamponería nacional». Progresivamente desencantado de la clase política, el 21 de diciembre de 1918 afirma en la revista catalana *Iberia*: «De los 404 diputados, acaso 25, tal vez 60, saben leer y escribir, aunque no escriban ni lean».

Llegaría a hacer una enmienda a la totalidad del sistema democrático: «Los principios democráticos van a la completa bancarrota, porque todas las experiencias de la democracia son un perfecto fracaso y una perfecta burla (el jurado, el sufragio, el parlamento, la responsabilidad política)», leemos en *El Adelanto* el 2 de agosto de 1912. En consonancia con ideas muy extendidas entre la intelectualidad (elitismo, defensa de las minorías dirigentes y de un nuevo despotismo ilustrado), escribe en el folleto *Elogio de Sánchez Ruano* (1913):

Para que haya democracia tiene que haber demos, pueblo, y aquí el pueblo no está todavía capacitado para sus funciones cívicas [...] Tres borrachos que votan pueden más que dos profesores de la universidad que votan; la democracia, al rechazar la calidad, es absurda, porque la calidad es la cultura, que ha sido, es y será siempre labor de minorías [...] Es preferible la tiranía de un sabio a la libertad de cocear de todos los pollinos habidos y por haber.

En cuanto al pueblo, malvive dejado de la mano de Dios. En una crónica aparecida en *El Liberal* de Bilbao el 31 de diciembre de 1929 –los cambios de año lo animaban a reflexionar sobre el significado de la vida–, desmonta con ácido sentido común los tópicos que solían emplear los discursos políticos al hablar de las gentes sin nombre, sin voz ni esperanza:

El pueblo da un poco la sensación de que no cena más que la Nochebuena y esta noche [...] No se echa a la calle más que dos noches al año porque solamente durante dos noches llena la andorga a su placer, harto de la frugalidad forzosa a que vive sometido. No puede el pobre filosofar, porque necesita antes tener la sensación de que vive plenamente [...] Le devolveremos al pueblo su soberanía el día que acertemos a conseguir que coma y ame normalmente. Hasta entonces, siempre perderemos un poco el tiempo.

Falta en España, a su juicio, sentido de lo colectivo y educación civil, espíritu ciudadano. Esa carencia explica la inmoralidad colectiva que corroe al país, en cuya vida pública se echa de menos la virtud de la tolerancia. Su pesimismo se reconfortará un tanto con la llegada de la República, que supone –afirma– la entrada del



*Caricatura de José Sánchez Rojas por BON.*

sino para comer los garbanzos con Teresa Panza, discutir con el cura de la aldea en rabiosos silogismos y cazar con Antonia Quijana, una vez muerto D. Quijote, su tío, dejándola por heredera de sus escasos terrones manchegos.

Mi posición en esta ve'ada es difícil como veis. Difícil, porque mi temperamento me lleva con D. Quijote, y mi educación mental me llama, á voz en grito, al lado de Sansón Carrasco; difícil, porque el Caballero de la Triste Figura pregona el amor,—un amor del que no ha de sacar provecho alguno,—y el derecho civil me hace fijar en la dote más de lo que mi natural desprendimiento deseara; difícil, porque mi corazón hubiera sufrido cruelmente si al bondadoso enamorado manchego le prenden los cuadrilleros de la Santa Hermandad, y mis aficiones me llevarán ponerme serio por el orden público alterado, por la justicia del castigo, por el atropello de la ley y de otras cosas tan santas como éstas, y de otras menos santas, como el pago de las costas y la prisión que, en todo caso tendría que sufrir Don Quijote por sus locuras dañinas.

Verdad es, que con D. Quijote á la vista, puedo defender esto ó lo otro, la justicia absoluta con su rigidez kantiana ó la justicia del capricho y del acomodamiento á las circunstancias. Cierto es también, que con textos de Cervantes en la mano, puedo acatar humildemente todas las cosas sancionadas entre la broza y las malezas de todos los códigos ó revolverme, airado, contra todas las disposiciones positivas que no surjan de mi voluntad y de mis nervios. Pero no puede ponerse en duda que el inmortal librose enderezó á dar una paliza á los abogados de aquel entonces y á sus nietos de hoy, y que esos abogados han sido los maliciosos inventores de la patraña de que Cervantes se propuso enterrar los libros de caballerías, cuando su propósito fué terminar con los códigos, con las compilaciones y con toda nuestra labor inútil, que ha terminado entre las rechiflas de la plebe, siempre hambrienta, no de los derechos nominales que nosotros hinchadamente la reconocemos, sino de otros derechos, de contenido real.

Afortunadamente, si D. Quijote volviera al mundo en los días de éste su tercer centenario, notaría con agrado que Juan Haldudo, el rico, paga al mozo Andrés, en maravillosas contantes y sonantes después de la azotaina y que sus burlas con nuestros refranes san chopanescos, pilares de la vieja jurisprudencia, han engendrado á jueces, á buenos jueces, como Mr. Magnaud, que absuelven á mujeres que roban pan y á pensadores que sostienen muy serios, que si el perdón es bueno en ocasiones, debe serlo siempre, y que si el indulto se aplica por una sola persona y en ocasiones faustas solamente, debe indultarse por todos y siempre, á todas horas, en las circunstancias más triviales de la vida.

En el derecho contemporáneo, comienzan á infiltrarse gotas de piedad, tranquilas aguas de humanitarismo sano, y lo que fué durísima piedra berroqueña, en la que

tantos espíritus perdieron su agilidad, comienza á ser hoy piedra blanda, susceptible de toda clase de bordado y pulimentos, capaz de romperse y desgastarse con el más ligero roce y al más fino golpeteo.

En estos días, en que nos imponen oficialmente la recordación forzosa de las andanzas del ingenioso hidalgo, yo quiero que soñemos, los que andamos entre códigos metidos, con la ley suprema que brota del amor á la garrida moza del Toboso y que dejemos nuestras pláticas caseras con el cura y el barbero, con el bachiller y con el canónigo, con el ama y la sobrina; y que antes de fijar en máximas de bronce las leyes externas de los pueblos cantemos nuestra ley íntima, la ley de nuestro amor, que es muy poco abogadesca y demasiado humana y demasiado abierta á todos los aires, que, por, sus resquicios, puedan colarse.

¡Cantemos el amor á la mujer, el cariño á Aldonza Lorenzo, las ilusiones que mecen nuestra juventud, los himnos retozones de la lucha! Despreciemos á Dulcinea si representa la gloria, como quiere el Sr. Unamuno, sino simboliza, ante todo y sobre todo, nuestro contento diario y nuestra felicidad íntima. Nos basta con Aldonza, porque Dulcinea es el ídolo, no del hombre, sino no del caballero andante, que necesita encomendarse á una dama singular para seguir la costumbre de que hablaban aquellos libros de caballerías que dieron al traste con el seso del pobre D. Quijote. Además, Dulcinea es desdeseosa como ficción humana que es. Si tuviera, sentido común la disparatada señora, se pondría orgullosa é insostenible con los agasajos, aplausos, vítores, aclamaciones y

hurras, con que hoy atruenan en toda España, á su enamorado caballero. Pero Dulcinea no se abraza al cuello del insigne loco, no besa sus labios con ardor, no se duele de los antiguos desdenes ni de las pasadas pretericiones, no ha querido enterarse después de tres centurias de ensueños, de aquel amor que ella encendiese, de aquel amor que le llevó á D. Quijote á sus andanzas de caballero andante, de aquel amor, padre de tantas ternezas y de invocaciones tan retóricas y musicales.

No es necesaria al Quijotismo la figura de Dulcinea. Basta con cualquier pasión ordinaria que inspire Aldonza Lorenzo, con tal que sea pasión verdadera y no imitación y copia de los amores de los Amadises.

Seamos caballeros andantes, pero no por nuestros fracasos amorosos,—á la usanza de D. Quijote,—sino que nuestras aventuras caballerescas broten de la plenitud de nuestra dicha y de la virilidad de nuestro corazón. Hubiera sido más grande y más sublime el ingenioso hidalgo llorando los desdenes de su Aldonza y gozándose en ellos, que no sufriendo dolores inauditos por la Dulcinea fantástica. Podrá decirse que los más grandes amores, los amores que en actos se resuelven, están formados de pocos, de muy pocos retazos de prosaísmo y de muchos, de incalculables girones de imaginación creadora; y que así, las zañas lugareñas que nos tocan el co-

Fot. de V. Gombau



JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

Estudiante de Derecho

Quijotismo nuevo. Gente Joven. 07-05-1905. Salamanca.

beres. Pero muchos de los intelectuales que son portales del proyecto de Constitución y del de reforma agraria no han encontrado acomodo conciliable con apetitos de los provincianos que manejan los Unificados de mas y de camilla por esos pueblos de Dios. Así, Jerónimo Casanueva, el prestigioso Director general de Contencioso, se queda son acts, y sin acts se queda huérfano — uno de nuestros mejores economistas — y no al diputado Luis Bello (que nosotros sabemos), y el gran jurista Recasens y Siles parece que ha sido profanado en Lago, y no es improbable el caso de que se oigan muchas primeras figuras. Amós Salvador, que ha organizado las fuerzas republicanas de Lagrodo, encuentra a última hora apoyo apreciable en su oja natal. Mejor suerte han tenido Azoriz y Arambain entre sus paisanos.

Al lado del desbarajuste, la pasión en esta semana undé. Melquiades Alvarez no ha podido hablar en turnos. ¡Lamentable espectáculo el del Teatro (amamun en Oviedo). Tampoco ha podido exponer su sólo político el Fiscal de la República y el Director

Administración local ante los electores de Lago. ¡Muy posible que este caso se haya dado en muchas localidades. La inhibición tiene también sus inconvenientes, cuando no está garantizado eficazmente derecho elemental de propaganda. He dicho ya en as mismas páginas que a los republicanos sinceros más allá de las impuras, sobre todas las cosas, es armar una fuerte oposición doctrinal en el seno de las notuayentes, y no es ese el mejor camino para la pública, ciertamente. Lo peor que puede ocurrirle a la pública es que se abogue por la violencia, las disputas que provoca, naturalmente, su consolidación en los sectores extremos, que tienen derecho a aparecer y a opinar en estos momentos de pánico y de contradicción.

No sabemos lo que pueda ocurrir hoy. Es muy posible que la mayoría de los candidatos tenga que sufrir tanto de la agredida, vueltá. No creo que pasen de cincuenta los candidatos que rebasen el veinte por ciento de la votación. Las masas rurales estoy seguro que harán las combinaciones más peregrinas y los nombres que les permiten barajar en sus cartulatas. Nos hemos olvidado, y pronto, de que la acción política es, hoy por hoy, en España, patrimonio exclusivo de las grandes ciudades, y que los pueblos contra de población viven todavía al margen de las grandes convulsiones espirituales que han ido posible, por un sencillo acto plebiscitario, el venimiento de la República. Nuestras dos Españas, rural y la ciudadana, son dos pequeños mundos, que urge fundir inmediatamente en un organismo común y homogéneo. Sería lamentable que en una victoria electoral creyéramos que la fusión á ya hecha y realizada. La propaganda política ha ser constantemente de apostolado y de magisterio, y que volver a votos semillas de ideas en 1918 y 1920 y en esos campos. Y la palabra, en los labios republicanos que sean dignos de este nombre, ha de adentrarse con unción, como un sacramento que da vida y la fe a las almas muertas. Sea la palabra, en sus líneas, como la nueva enciclopedia de la religión la Patria, que es nuestra Iglesia militante.



Nuestro don Miguel de Unamuno es demasiado grande para caber en un partido, ni aún en el de su jefatura, que dentro de él, a todas horas, arman camorra las oposiciones extremistas de su espíritu...

## Inamuno, candidato...

**Don Miguel no quiere que se voten ideas, sino personas; no cree en programas, sino en conductas.**

Don Miguel de Unamuno no se presenta candidato de las mayorías en la provincia de Salamanca — ¡diciérase el caso! — lo que ocurre es que las mayorías le sustentan a él. Sin motivo alguno. Como tal don Miguel se presentó al concejo el día 12 de Abril, y nombrado días después alcalde honorario y perpetuo de la ciudad universitaria.

Y don Miguel ha comenzado ya su magisterio en los días. Nada de mítines. Propaganda orona y resaca, palabra justa y sobria. En definitiva, remoción e inquietud espirituales. Piedra que se lanza al

ago, voz recia que dice congojas y esperanzas ante la España que nace. Don Miguel, ante los labriegos, ante las mujeres, ante los niños, cara al cielo limpio y sereno de las tierras salamanquinas, en medio del campo, reza ante todos su oración civil, con emoción creciente, abriendo, ante el asombro de los espíritus sencillos, posibilidades infinitas para la patria nueva que ya comienza a balbucear sus primeros deseos.

Don Miguel de Unamuno evoca en estos días en que campan por los Comités de mas y de camilla, la figura de Carducci en Italia, cuando lanzaba sus primeros discursos a los electores de Lago en la Toscana, y la de Guerra Junqueiro en Oporto, cuando se desahacía para siempre la dinastía de los Braganzas.

Don Miguel no quiere que se voten ideas, sino personas. No cree en programas, sino en conductas. La Patria es un organismo vivo, compuesto de hombres de carne y hueso, que tienen sus pasiones, no de razonamientos abstractos que desahace siempre la realidad. Don Miguel, un hombre, no cabe en un partido. Ni aun en el de su jefatura, que dentro de él, a todas horas, arman camorra inenarrables las oposiciones extremistas de su espíritu, que le gritan dentro del propio corazón.

Va es muy antiguo el contacto de don Miguel con el de las masas campesinas de Castilla. Hace ya muchos años, en los primeros de nuestra juventud universitaria, le acompañábamos por aquellas aldeas y por aquellas aldeas, conteniendo los primeros chispazos de la inquietud agraria. Le recordamos una tarde, en el silencio denso de Ledesma, oyendo a lo lejos el rumor del claro Tormes, cuando despedíamos a un luchador, Casimiro González Trilla, que, harto de aporrear con los caciques, se desgrataba del pueblo para vivir en América. Le recordamos también una tarde, entre las cenizas, bajo un sol de fuego, en cotos del duque de Valencia, ante millares de labriegos,

que oían, a pie firme, la palabra profética del desterrado de Herdavia. Entonces no les pedía votos, ni ahora — candidato — tampoco. No es un propagandista, es un maestro. No cambia de profesión, sino de medio. Sale de su cátedra, sale de su despacho silencioso, para cambiar de auditorio y de discípulos. El dice su lección del día, y desaparece para volver.

Don Miguel, bilbaíno, vascu, ha aprendido acaso a pensar, a hablar y a escribir en Salamanca, y allí se ha formado lentamente, con el transcurso de los años, en el representante acaso más elevado del espíritu castellano. Por eso Salamanca le envía ahora de mandatorio suyo. Respetado por todas las fracciones que luchaban el domingo, viene como símbolo de la vieja Castilla al palacio de las leyes. El mismo ha dado la interpretación histórica, muy salmantina a la epopeya del 12 de Abril. Recordaba que el alzamiento de los Venecios contra el Poder real no ha sido cosa de ahora: hace cuatro siglos, Toledo y Zamora, y Medina, y Salamanca, y Segovia, se alzaban también contra el Hababurgo. Percibieron las demandas de los ciudadanos en Villalar; pero el pleito se ha resuelto cuatro siglos después. Interrumpiémos la Historia! Mejor sería reanudarla luego. En los días predados de sorpresas que vamos a vivir ahora, sería lamentable que olvidáramos que nuestras libertades tienen su coto y su ritmo propios.

Don Miguel, un vascu, es el castellano de hoy, y el de ayer, y el de mañana: es el castellano eterno, que nace o no lo quiera. Y, con los votos del labriego salmantino, dirá en Madrid el sentir de Castilla, Castilla, que hizo España con su sangre y con su lengua, sin tiempo para curarse de sus propias amarguras. Extraerá de su pasado independiente y activo las normas para su futura grandeza y para su pluvioso futuro.

José SÁNCHEZ ROJAS

### Crónica

Unamuno candidato. Crónica. Madrid 28 de junio de 1

pueblo en el Congreso para que este sea al fin la casa de todos. Aunque solo pudo asistir a sus comienzos, esperaba mucho de la nueva situación: «Hemos soñado, hemos querido la República porque esperamos de ella el milagro que no supo hacer la Monarquía: la creación de un sentido nacional y español» (*Nuevo Mundo*, 18 de septiembre de 1931). Pero solo tuvo tiempo de confiar en *otro milagro de la primavera* para su salud declinante y de dejar en las páginas del semanario madrileño *Mundo Gráfico*, entre agosto y diciembre, una colección de cincuenta siluetas de parlamentarios de las cortes constituyentes, nueva cumbre de su labor.

Los artículos –que no eran una novedad en su pluma, siempre dispuesta a apresar en los límites de una columna la personalidad de políticos, escritores y otros personajes públicos–<sup>5</sup> tuvieron una gran acogida entre los lectores. Rojas traza breves retratos de políticos de todo el espectro, incluidos casi todos los diputados por Salamanca, a los que caracteriza en apretada síntesis con su acostumbrada agudeza: Miguel de Unamuno («no representa a Salamanca, representa a España»), Filiberto Villalobos («caso único de fidelidad a toda prueba en la política española, la Julieta del ex reformismo»), Primitivo Santa Cecilia («la flor y nata del obrerismo salamanquino»), Tomás Marcos Escribano («el señorito Tomás» tiene «ademanos de gran señor aldeano»), Cándido Casanueva («número uno de todas oposiciones en que ha intervenido, ha sentido desde su niñez el prurito de formar parte de todas las mayorías») y José María Lamamié de Clairac («cavernícola por herencia y por temperamento»).

Esta galería de tipos, truncada por la muerte del escritor, no se interesa por el perfil ideológico de los protagonistas, ni busca un análisis reflexivo de sus conductas políticas. El periodista los caracteriza con trazos someros desde su visión personal, que es a veces sutil pero puede llegar a rozar lo grosero, apoyándose siempre en un punto de sarcasmo con el que busca la complicidad del lector.

\*\*\*

Aún debemos detenernos en otro momento espléndido de su periodismo político. Probablemente no hay en la biografía de Sánchez Rojas un periodo más intenso que el que transcurre entre abril de 1918 y octubre de 1919. Como un creyente sacudido por una llamada misteriosa, nuestro hombre se embarca en una cruzada contra las fuerzas que mantienen en estado de languidecimiento a Castilla (donde «se lee muy poco, se piensa menos y no se siente nada») y recorre sus pueblos y ciudades, cuaderno de notas en mano, convocando a la lucha por un futuro mejor: con la pluma y con la palabra, con el traje de estudioso y con el de activista. En

---

5 Entre noviembre de 1917 y enero de 1918, publicó en la revista barcelonesa *Iberia* un conjunto de retratos de la que llamó «Fauna germanófila», personajes que se manifestaron proclives a Alemania durante la guerra mundial. La serie, de contenido satírico, no oculta el afán ridiculizador del periodista, cuyos argumentos son en ocasiones gratuitos; su único afán era poner en la picota los nombres elegidos, como escribe el 26 de enero: «Escritos estos artículos a vuelapluma, sabemos muy bien que pueden ser injustos, apasionados, violentos. No nos importa». Luego retrató con tono muy distinto, en una serie titulada «De la acera de enfrente», a algunos aliadófilos.

ese tiempo envía múltiples artículos a la revista *España*, al diario barcelonés *La Veu de Catalunya* (donde aparecen en catalán) y, sobre todo, al madrileño *El Sol*; contienen lo sustancial de su pensamiento sobre los males de Castilla, que vale tanto como decir –así lo creía él– de España.

Castilla vive aherrojada por el caciquismo: «Los espíritus esquilados, desorientados, ñoños, han delegado en el cacique para que piense y obre por ellos». Siguiendo ideas de Unamuno, sostiene que el caciquismo castellano depende no tanto de las clases directoras como de las dirigidas, que sienten la necesidad de un amo por ignorancia y por pobreza, y que lo ejercen más los administradores y abogados del patrón que el propio amo. Como resultado de todo ello, la ciudadanía castellana está acogotada, anémica, aparentemente imposibilitada para la lucha.

Pero la lucha es necesaria. Es urgente conseguir una inmediata redención de la tierra (los campesinos acumulan un odio que puede generar un estallido de violencia) para conseguir, después, la autonomía municipal: «Los municipios, con la supresión de las diputaciones, mancomunados para intereses concretos, pueden ir moldeando la conciencia de nuestra región, que es hoy puramente aparental». Habrá, pues, que desterrar el feroz individualismo castellano; de esta forma, los cambios pueden darse desde abajo y no al contrario: «Hombres libres en tierra libre. Pan, tierra y Concejo: he aquí la fórmula de nuestra autonomía municipal»; plantear las cosas de otra manera sólo podía conducir a lo que Rojas llamaba «mascarada regionalista».

Convencido de que no bastaba con la teoría, intervino activamente en la campaña electoral de junio de 1919 en el distrito de Peñaranda en defensa de un candidato cunero, el bilbaíno Ricardo Power. Invocando su nombre, liberales e izquierdistas pretenden implantar una suerte de «caciquismo de importación» industrial y no tradicional, de nuevo cuño y no maurista, capaz de abrir una brecha en la casi pétrea estructura del caciquismo aristócrata provincial, como afirma Sánchez Rojas en *España*: «En nombre de Castilla es preciso amparar al forastero contra el indígena, redimir los votos gañanescos a fuerza de cuartos y acabar con esa compra vitalicia del sufragio que aprovechan para sus truhanerías nuestros caciques regionales». El escritor albense relata lo ocurrido durante la campaña en un conjunto de artículos publicados en *El Sol* bajo este título general: «Un distrito en masa que se alza contra los amos y los terratenientes». En realidad, los campesinos solo cambiaron de amo, pero a nuestro personaje le parecía un avance sustancial superar el localismo, origen de todas las perversiones del sistema.

Nunca dejó de escribir sobre la Castilla sojuzgada, ni renunció a participar en nuevos mítines en los partidos judiciales de Alba y Peñaranda, en cuyas tierras –según escribió más de una vez– los conejos y los toros de lidia gozaban de más privilegios que los colonos. Con la llegada de la República, lo ilusionará la perspectiva de una reforma del campo («Vamos hacia adelante; lo que pasó está biológicamente liquidado y muerto», escribe en *Crónica*), pues no otra es la primera obligación del nuevo régimen, como advierte en un artículo aparecido en el *Diario*

*de Huesca*: «La República tiene una misión sagrada que cumplir si quiere extenderse al agro y es la de crear millares y cientos de millares de pequeños propietarios». Y denuncia las maniobras de Gil Robles y otros *agrarios* o *trigueros*, interesados en que «subsista un régimen de propiedad que haga perdurar una esclavitud de la que se comienzan a sacudir bravamente estos pobres aldeanos, ordeñados por el duque, y el administrador del duque, y el procurador del administrador, y el subalterno del curial, y el amigo del subalterno, así, en cadena continua e irrompible», tal y como escribe en un artículo póstumo que publicaría *La Voz de Guipúzcoa*.

### 3. EL CRÍTICO LITERARIO

José Sánchez Rojas cursó Derecho en la universidad salmantina y se doctoró en la Central de Madrid; no siguió estudios literarios reglados (aunque durante los meses que vivió en Barcelona en 1913 pensó en hacer Filosofía y Letras), de modo que su formación literaria fue la que él mismo se procuró a base de lecturas, seguramente guiadas al principio por Unamuno. Fue un lector voraz y un autodidacta convencido, que se jactaba de estar al margen de teorías academicistas y saberes eruditos; inevitablemente eso lo hacía pecar de impreciso o de inexacto. Unamuno se lo afeó en alguna ocasión y más de una vez la prensa menos afín al escritor –*La Gaceta Regional* en el caso de Salamanca– aprovechó sus errores en nombres, fechas o referencias para zaherirlo.

El crítico literario no muestra un criterio fijo a lo largo del tiempo: su visión de los escritores cambia con sus cambios de ánimo, como corresponde a quien se mueve por impulsos sentimentales antes que por razonamientos sosegados; y expone un juicio y su contrario –incluso sin que medie mucho tiempo entre ambos– con el mismo arrebato. De nuevo, el lector tiene la certeza de estar ante un hombre cargado de contradicciones, un verdadero saltimbanqui espiritual, pero cuya mirada inestable es siempre limpia y franca: «No trato nunca de convencer a nadie, acaso porque yo no estoy convencido de nada».

Aborrecía cordialmente –el oxímoron es suyo– a los críticos profesionales, convencido como estaba de que el exceso de método acaba con la frescura de los textos que se glosan. Más importante que lo aprendido en los libros era lo descubierto a través de las propias vivencias; de ahí que hablara de «los cronistas oficiales, que vegetan entre infolios amarillentos a espaldas de la vida»<sup>6</sup>. Se consideraba un lector lo suficientemente capaz para comentar sus lecturas y desarrolló un sistema crítico basado en la intuición, la impresión inteligente y la paráfrasis; todo

---

<sup>6</sup> La cita pertenece a un artículo sobre «Los porches del Corrillo» publicado en *Nuevo Mundo* en julio de 1929. En esas palabras, Sánchez Rojas respira por la herida: en 1925, contra todo pronóstico, la Diputación Provincial rechazó su candidatura a Cronista Oficial de la provincia a favor del fraile dominico Luis Alonso Getino, en quien sin duda piensa cuando escribe las palabras citadas.

lo demás le parecen barreras innecesarias que se alzan entre el escritor y el lector para escamotear el texto original. Y así lo explica en el prólogo a *Las mujeres de Cervantes* (1916)<sup>7</sup>, su libro más ambicioso: «Cuando los señores Montaner y Simón tuvieron la bondad de encargarnos un libro sobre *Las mujeres de Cervantes*, ni por un momento quisimos enfascarnos en una de esas tareas eruditas, a base de papeletas, documentos y acotaciones, que tanto se llevan hogaño y que han de turbar, a buen seguro, la paz eterna de las cenizas de Cervantes». En vez de eso, eligió reinterpretar libremente a las criaturas cervantinas, un poco a la manera de Azorín, e imaginar sus vidas más allá de los límites en que las situó Cervantes.

Su devoción constante son los clásicos, desde Juan del Enzina a Calderón. Garcilaso, Fray Luis, Cervantes y los místicos son sus predilectos (de san Juan dice que escribió las páginas «más sutiles y encendidas que se hayan escrito nunca en castellano»)<sup>8</sup>. Contribuyó a los fastos cervantinos del tercer centenario no solo con *Las mujeres...*, sino también con una colección de artículos aparecidos en *La Vanguardia* en 1915 que están entre lo más granado de su obra. Seducido por «la frescura, la lozanía y la juventud eterna del espíritu glorioso de Cervantes», considera que *El Quijote* es «la biblia de todos los aciertos y de todos los desaciertos de nuestra raza». Su lectura del libro, tan repetida, varía con las vicisitudes de su biografía, consciente de que la creación cervantina admitía interpretaciones heterogéneas. En sus artículos de los años diez ve en la novela la fuente del ideal, la sublimación de los sueños: la esencia del espíritu de don Quijote estriba no en la realidad objetiva, «sino en una luz interior deslumbrante y cegadora». A su juicio *El Quijote* es mucho más que un libro cómico: quienes solo ven eso, no captan la esencia del mensaje cervantino, que es una «Biblia de la melancolía», sí, pero contiene un canto al ideal, al entusiasmo, a la acción fecunda y bienhechora.

Esa visión va matizándose en la segunda mitad de la década, a medida que acumula desengaño y frustraciones. En los años veinte, su lectura adquiere tintes más sombríos al profundizar en la dicotomía entre sueño y realidad. En uno de sus mejores artículos sobre el libro, «El romance de don Luis», que publicó en diversos periódicos, ofrece una interpretación muy distinta del quijotismo. Confundir la realidad con la ensoñación es la fuente de la melancolía: «Solamente abrazándonos con la realidad, bebiendo a sorbos en el manantial de sus aguas, es como

7 No consiguió acabar el libro: algunos capítulos finales tuvieron que hacerlos dos escritores buscados por la editorial catalana Montaner y Simón. Los editores, hartos de esperar a un Sánchez Rojas que atravesaba por una época depresiva y no hacía sino darles largas, tomaron esa decisión porque el retraso del libro era ya grande: debió haber salido en 1915, pues la nota prologal del albense está fechada en mayo de ese año.

8 Santa Teresa fue otra de sus grandes pasiones. Escribió tanto sobre ella, y repitió tantas veces los mismos artículos en diversos medios –un procedimiento habitual en la época, especialmente entre quienes, como Sánchez Rojas, dependían de unas cuartillas para comer– que se lo conocía como «el chulo de Santa Teresa», por el dinero que le sacó a la santa, según informa César González Ruano en sus memorias. En Prensa Gráfica, donde colaboró intensamente al final de su vida, lo llamaban «el administrador de Santa Teresa».

podemos desembarazar el camino de peligros y de malezas [...] Las cosas son como son, independientemente de nuestros sueños y nuestras imaginerías». De ahí que la epopeya quijotesca se reduzca a «dar coces contra el aguijón»; la imaginación fecunda necesita tocar la realidad. Su Don Quijote es, en realidad, Alonso Quijano: «Yo no encuentro más grito patriótico que el de “Muera Don Quijote” para que viva Alonso Quijano, el Bueno, y para que vivan en nosotros también la resignación y el espíritu de sacrificio, y para que acoplemos nuestros sueños a nuestra realidad y no nuestra realidad a nuestros sueños».

En el extremo contrario, Calderón de la Barca encarna para Rojas los males de una época. Considera su teatro «cátedra seca, tosca, estirada, de escolástica manida, de polvo de libros, de abstracciones sin jugo». El escritor barroco «es un ídolo al que conviene derribar. Sus damas tapadas, sus soldados vengativos, sus clérigos violentos, sus criados groseros y desleales anuncian la mueca inexpressiva de Carlos II el Hechizado, que nos muestra en toda su repulsión el pobre idiota con el que acaba una raza de flamencos». El clasicismo español y la esencia castellana están en la lengua popular de Cervantes y santa Teresa, pero se deshace con la decadencia progresiva de los Austrias, que empobrecen y desnaturalizan a Castilla, de todo lo cual es reflejo literario la obra de Calderón, «el poeta de la tiranía»<sup>9</sup>.

\*\*\*

La estancia en Italia entre diciembre de 1907 y noviembre de 1908 convirtió a Sánchez Rojas en un enamorado de la cultura italiana. Respetado traductor de Giovanni Papini y Benedetto Croce, entre otros, y comentarista frecuente de la vida política<sup>10</sup> y literaria de aquel país, tuvo siempre entre sus escritores predilectos a Giacomo Leopardi y Giosuè Carducci. Junto a ellos, Joan Maragall y Antonio Machado conformaron el ramillete de sus poetas preferidos, a los que también pueden sumarse dos vates regionalistas: el salmantino Gabriel y Galán y el valenciano Vicente Wenceslao Querol.

Ejerció también de crítico teatral, particularmente en *El Adelanto*. El teatro español contemporáneo no le merecía respeto; en una entrevista aparecida en *El Liberal* de Bilbao el 20 de febrero de 1926 se muestra tajante, como solía hacerlo en todas las entrevistas: «¡Ah!, pero ¿hay teatro ahora en España? Yo voy, efectivamente, todas las noches; sin embargo, aún no he podido ver nada que merezca el nombre de tal». Su opinión sobre los actores –y son contadas las excepciones

---

9 La aversión de Sánchez Rojas frente a la monarquía de los Austrias es notable. A su juicio, Carlos V y sus sucesores esquilmaron Castilla, la privaron de la autonomía de sus concejos para convertirla en su «caja de caudales» y la sojuzgaron. Calderón sería el espejo de ese atropello histórico.

10 En mayo-junio de 1924 publicó varios artículos sobre la situación italiana en *La Libertad*, la mayoría a propósito del asesinato de líder socialista Giacomo Matteotti y sus consecuencias. En otros periódicos, antes y después de esa fecha, escribió sus impresiones sobre la ascensión del fascismo, sin ocultar una cierta fascinación por la personalidad de Mussolini, a quien presumía de haber conocido en Bolonia.

como Enrique Borrás— era, igualmente, negativa<sup>11</sup>. Prefería a los Quintero sobre Arniches y a Martínez Sierra y Marquina sobre Benavente, aunque es difícil hacerse una idea precisa de sus filias y fobias, tan cambiantes como sus estados de ánimo.

No entendió a Valle-Inclán ni simpatizó con ninguna forma de vanguardismo; en una crónica publicada en *La Libertad* en agosto de 1929, escribe: «Vanguardias. Cubismos. Gacetas literarias de niños que tienen imprenta propia y que entienden de tarifas de publicidad. ¿Vanguardismo? ¡Quiá! Tosecillas de maricas constipados». Cuando, en diciembre de 1929, Gómez de la Serna —«el clown de la vanguardia literaria española»— estrenó en Madrid *Los medios seres*, publicó una durísima crítica en *El Adelanto*: «Ni vanguardia, ni retaguardia. Memez pura, como toda la obra de Ramón [...] Una hueca gruegería inacabable, una serie inacabable de ordinarioces».

Hay un cierto moralismo en muchas de sus observaciones, pero sus reparos morales más tajantes fueron para la literatura sicalíptica: los libros eróticos, escribió en *Nuestro Tiempo* en mayo de 1911, «son una mercancía que todo pueblo que se preocupe de incubar ideales en su juventud debe perseguir como repugnante y canallesca». Centró sus críticas de manera especial en la figura del novelista extremeño Felipe Trigo; sus obras, llegó a decir, solo eran adecuadas para convertirlas «en rodillos higiénicos para los retretes públicos».

Fue muy severo con sus contemporáneos, convencido como estaba de que la literatura española había vivido tiempos mejores<sup>12</sup>. Su escaparate oficial, la Real Academia, no encontró él sino frases despectivas; en un artículo publicado en febrero de 1930 en *El Mañana* de Teruel afirma:

Es como una Arcadia apollada, donde fingidos Batilos y Filis igualmente fingidas hablan lengua de trapo en sus inocentes escauceos líricos [...] La Real Academia Española no pretende, yo creo, realizar ninguna misión popular. Como corporación aristocrática se cree intangible. Ella se reúne periódicamente a cumplir con sus fines de beneficencia domiciliaria y a señalar temas absurdos para premios absurdos que se reparten siempre a la sordina.

La mayoría de los académicos le parecen «ingenios oscuros de segundo y tercer orden, que son completamente desconocidos para el vulgo».

11 Para satisfacer su afición al teatro, y como no siempre disponía de dinero, buscaba todo tipo de métodos que le permitieran obtener una entrada gratis. Sus amigos de *La Ciudad* insertaron en el número correspondiente al 9 de marzo de 1912 esta maldad, que según el semanario era un chiste que corría por Salamanca: «¿En qué se parece Sánchez Rojas a una ostra? En que propaga el tífus que es una bendición».

12 Así, al comentar el libro *Superrealismo* de Azorín, dice en *Mundo Gráfico* (19 de febrero de 1930): «España no tiene hogaño novelistas; si acaso, prenovelistas». En ese mismo texto, afirma: «Escribimos acaso mejor que nuestros abuelos; pero, como ha dicho irónicamente Santiago Rusiñol, escribimos muchas veces sin tener nada que decir».

Hizo abundantes juicios sobre los escritores que conoció o trató, con la falta de coherencia ya subrayada. Prácticamente ninguno quedó a salvo de sus invectivas<sup>13</sup>, que parecen responder no solo a una exigencia estética defraudada, sino al afán de epatar. Blasco Ibáñez era «un fabricante de libros, a tanto la pieza, como Pérez Galdós»; de Azorín (de quien fue considerado discípulo y al que elogió repetidas veces) dijo en la entrevista para *El Liberal* de Bilbao antes citada: «Escribe muy bien en francés. En cuanto al castellano, dentro de poco demostraré que no sabe.» Y llamó «folletinista» y «aldeano relleno de tosquedad» a Baroja, «imbécil que escribe bien» a Emilia Pardo Bazán, «esteta decadente» y «bufón» a Benavente (cuya sensibilidad es «de jamona soltera y parida»), «escritor de pobre ingenio» a Arniches o «camelante» a Eugenio D'Ors. Sus artículos contienen, en suma, una causa general contra la literatura española de su tiempo.

Un apunte más: Sánchez Rojas ejerció también, durante unos meses, como crítico de toros. Su interés por la fiesta fue tardío, y de hecho dejó juicios furibundamente antitaurinos; así, en 1918 se refería en *La Publicidad* a la insensibilidad moral de los aficionados a un espectáculo donde se produce una lucha entre «tres animales: el público, el torero y el toro». Sin embargo, en 1929 comenzó a frecuentar la plaza de toros de Madrid y decidió escribir sobre uno de los pocos temas que se veían libres de la censura en tiempos inhóspitos para la prensa: «El sarampión taurino me ha brotado copiosamente con la primavera, cuando he llegado a convencerme –tarde, para mi daño- de que el toreo es la única nota de valor y de arte que nos queda a los desmirriados españoles de hogaño», escribe el 2 de julio en *El Adelanto*, donde aparecen casi todas sus crónicas taurinas. Rojas es un espectador peculiar que va a la plaza con el propósito de aprender y con la pasión del converso: «Un ganadero me parece mejor persona que un editor y un torero me entretiene mucho más que un intelectual».

Sus crónicas llevan la marca de la casa en el fondo y en la forma. Abundan las observaciones sobre el ambiente, las anécdotas personales y las observaciones agudas, incluso humorísticas (de Manolo Bienvenida dice que «no mata los toros, los marea»). Se encuentra en el nuevo registro tan cómodo como en cualquier otro: «Tal vez yo me he metido a crítico taurino porque diré siempre lo que me venga en ganas, sin otros respetos que los que me debo a mí mismo». Y hay una queja reiterada en sus textos: el público le parece maleducado, gritón, demasiado proclive al insulto y cae con frecuencia en un «estado colectivo de imbecilidad». En los tendidos hay siempre «mucha gente y pocas personas». En el fondo, los aficionados son una proyección de los españoles: «El público español es un público de

---

13 Unamuno es una excepción porque fue una referencia vital para Sánchez Rojas: siempre valoró sus escritos, aunque apreció más al pensador que al novelista o el poeta. Sin embargo, sufrió uno de los más furibundos ataques del periodista albenense en dos artículos aparecidos en *La Publicidad* a propósito de la visita de Unamuno a Alfonso XIII en abril de 1922, que decepcionó profundamente a nuestro hombre. Lo llama allí «nuevo Eróstrato de Bilbao, henchido, no de anhelos de gloria, sino de torpes afanes de vanidad provinciana» y «ex ilustre ex pensador».

toros. En cinco minutos cambia de ídolo. En cinco minutos exalta lo que denigra y denigra lo que exalta».

#### 4. LA CRÓNICA COMO CONFIDENCIA

En un artículo titulado «La fiesta del trabajo», inserto en las páginas del diario barcelonés *La Publicidad* el 3 de mayo de 1922, Sánchez Rojas, tras reflexionar sobre la chocante celebración de algo –trabajar– que debiera ser siempre una fiesta, concluye:

De mí sé decir con toda verdad que mis cuartillas, lejos de ser mi condena, son el alba y ejecutoria de mi nobleza humana. Y que cuando no puedo trabajar, cuando me acuesto sin haber ganado mi coscurro de pan cotidiano me siento esclavo y me siento triste. Porque el trabajo ha tiempo que lo convertí en fiesta para mi corazón y no tengo más holganzas, ni más pasatiempo, ni más diversiones que las de soñar despierto y las de ir trasladando estos sueños al papel, día por día, en un inmenso diario íntimo que no es otra cosa que la justificación de mi vivir.

Ciertamente, su obra toda puede considerarse, sin exageración, un diario íntimo. Deseoso de huir de las mentiras y el juego de apariencias que ve en el periodismo de su tiempo, se plantea la escritura como una proyección de su espíritu y ello nos permite seguir las vicisitudes de su existencia pese a la escasez de documentación personal que nos ha llegado. Buena parte de sus artículos traducen, sin pudor alguno, las intermitencias y altibajos de su estado de ánimo, las idas y venidas de su pensamiento, las cuitas de su corazón<sup>14</sup>; de ahí que puedan encontrarse textos suyos con ideas, sentimientos o afectos enfrentados y contradictorios, aunque en realidad no sean sino reflejo de la esencial volubilidad humana: «El hombre no se contradice nunca, porque nunca se repiten idénticamente los mismos estados de espíritu», leemos en *El Adelanto* del 22 de diciembre de 1911.

Aunque una cosa es la vida y otra distinta el relato público de la misma –una cautela que obliga a relativizar el grado de conocimiento del escritor que podemos alcanzar–, la obra periodística de Sánchez Rojas tiene mucho de testimonial y como tal ha de ser leída. Es uno de los principales atractivos de su trabajo. Muchos de los artículos que escribió hablan de él más que del tema aparentemente tratado. Hacer literatura de las vivencias íntimas, confesarse en las páginas de un diario

<sup>14</sup> Hay muchos ejemplos de la naturalidad con que Sánchez Rojas se desnuda ante los lectores. Para distanciarse, suele adoptar un tono lírico, como sucede en un artículo publicado en *El Adelanto* en marzo de 1911, donde da cuenta de la pequeña desdicha que para él supone que una lavandera le haya extraviado cuatro pañuelos bordados con amor por una mano amiga: «Todos eran distintos y todos bellos, con la belleza que da un recuerdo roto, un deseo insatisfecho, una ilusión fallida».

para poder verse mejor, o para purificarse, o para aproximar la ética a la estética, parecen los principios que guían al cronista en sus artículos más personales.

Uno de sus temas constantes, al que vuelve una y otra vez desde sus primeros escritos hasta los últimos, es la naturaleza femenina. Fue un solitario que no quiso o no pudo fundar un hogar, aunque muchas veces soñara con él. Quizás no se atrevió por temor a que no estuviera a la altura de sus expectativas ya que, escribió, «las cosas pasan de un modo en la mente y de otro modo distinto en la vida». Y dedicó muchas páginas a perfilar la mujer ideal, ya que el destino de las de carne y hueso estaba escrito: «Las mujeres que amaste no supieron esperar, porque no tuvieron fe en tus quimeras y están ya gordas, rollizas y vulgares, poblando el mundo de pequeños fariseos», le dice en agosto de 1922 a un supuesto corresponsal –en realidad, hablándose a sí mismo– desde las páginas de *La Publicidad*. Y en julio de 1926 escribe en el diario gijonés *El Noroeste*: «Los hombres jugamos a las pasiones para ganar, pero las mujeres juegan por el riesgo del deporte y por saber qué pasa. Ganancias o pérdidas, en puridad, las tienen sin cuidado. Han descubierto que lo inefable del juego del amor –como de todos los deportes– es el azar, y por azar se lanzan al ejercicio».

En 1912 había publicado en *El Adelanto* una serie de desiguales retratos femeninos que pensó reunir en un libro, uno de sus muchos proyectos editoriales frustrados. Periódicamente volvería sobre ellos, para repetir los mismos o añadir otros semejantes. Cuando en 1923 publicó su libro más popular, *Tratado de la perfecta novia*, ya se había resignado a ser «una especie de tío universal y honorario», como afirma un año después en un discurso pronunciado en las fiestas madrileñas de La Paloma; en efecto, hablará aquí y allá de sus «sobrinitas», sabedor de que su deterioro físico, su malandanza y su desarreglo vital lo han convertido en un pretendiente imposible.

Desde los años veinte, la prosa de Sánchez Rojas se tiñe de melancolía. Se diría que encuentra consuelo paradójico en la épica de la derrota y parece sentir la necesidad de purgarse el corazón periódicamente. Como hace en *La Publicidad* el 10 de agosto de 1922:

Yo no he llegado nunca; no sé más sino que vengo del misterio y al misterio voy; no sé sino que vivo insatisfecho, anhelante, consciente de mi limitación y de mi impotencia; no sé más sino que no he dicho todavía mi palabra, ni forjado mi arte, ni cantado mi canción, ni escrito mi libro, ni rimado mi verso. Y sé [...] que no lo haré nunca, nunca; que toda mi vida será un proyecto eterno, un tejer y destejer, un anhelo doloroso para hurtar el dolor y encontrármelo a cada paso. No sé sino que siempre, siempre, mi obra será una caricatura de mi sueño, una mueca grotesca, un pálido dibujo de mi mundo interior. ¡Santo mundo interior mío, fortaleza rocosa de mi fe y de mi esperanza! [...] Y adviertes que tu nombre es eco lejano de otro eco de lo tú quisiste ser y no supiste ser. Tu sueño es la sombra de un sueño que soñaste y cuyas brumas se perdieron ante la condena de la vida.

La vida no es comprensible y apenas si la esperanza permite sobrellevarla. Por eso recurre a la lotería como metáfora; fue una idea que repitió varias veces. En *Crónica* escribió un «Elogio de la lotería» el 20 de diciembre de 1931; decía en él que la suerte, el golpe de fortuna, es la última ilusión de los pobres y de quienes saben que el trabajo no asegura el derecho a disfrutar: en el periodismo, por ejemplo, hay «escalafones pintorescos, donde los más necios o los más audaces figuran a la cabeza». La posibilidad de ganar a la lotería es paralela al azar de que el destino sonría: los cinco duros que se invierten en un billete son un clavo ardiendo, como cualquier otro, al que se agarra la esperanza: «¿Qué nos impulsa a vivir, en último término, sino una esperanza no sabemos de qué y no sabemos en quién?» El juego, parece decirnos, ofrece una oportunidad a quienes solo conocen el lado esquivo de la felicidad: es una promesa de buena ventura. Y también significa «la única compensación que se nos ofrece a los pueblos que, como el nuestro, andan siempre manga por hombro y al buen tun-tun» (*El Pueblo* –Valencia–, 22 de diciembre de 1926).

Con ocasión de su destierro a Huesca, en 1926, vivió uno de sus últimos momentos de euforia, excitado por la idea de ser un proscrito y también por la de afrontar la vida como un héroe estoico; de ahí que escribiera en el *Diario de Huesca*: «Las contrariedades no me abaten nunca; es la felicidad, que no merezco, la que me espanta, y me entibia, y me emperreza y me hace dormir»<sup>15</sup>. Pero el último Sánchez Rojas exhibe un resignado fatalismo. Aunque la llegada de la República arroja un débil rayo de luz sobre el futuro de España y quizás también sobre el suyo<sup>16</sup>, a finales de 1931 su pesimismo parece irrecuperable. Días antes de morir envía a *Crónica* un magnífico artículo («Año nuevo, vida nueva»), que la revista publica el 3 de enero de 1932. Tiene el valor de un testamento espiritual, como puede comprobarse en estas líneas, punto y final de una vida frustrada:

Con los años, las cosas pierden aquel polvillo dorado de que nos habla Flaubert; el perfume de las fiestas se ha disipado; todo los días son monótonamente grises y uniformes [...] Año nuevo y sin estrenar, será tan viejo como los otros que le precedieron y tan desolador. Es que ya no vemos, como los niños, la frescura de las cosas. Nuestras impresiones no son puras ni directas; son recuerdos y ecos

15 La cita procede de un artículo publicado el 16 de marzo de 1926. Sánchez Rojas fue desterrado a Huesca en febrero de ese año porque, en la presentación de la tuna escolar salmantina en una abarrotada Casa de Pueblo de Éibar –era cronista honorario de la estudiantina y la acompañaba en una gira por el norte de España–, invocó a Unamuno como «el gran ausente» y aseguró que España, sin él, carecía de «dignidad civil». Las autoridades le levantaron el destierro el 27 de abril.

16 Era amigo de Indalecio Prieto y Marcelino Domingo, ministros del Gobierno provisional, y tenía razonables expectativas de que lo ayudaran a encontrar un modo de vida. Pero la realidad fue otra, como recoge Rafael Cansinos-Asséns en *La novela de un literato*: «Aspiraba por su conocimiento de idiomas a un puesto en la Dirección del Turismo. Y se lo han dado al crítico teatral Melchor Fernández Almagro, que es un cavernícola. “Hay que ver –dice Sánchez Rojas con los ojos desorbitados–. Marcelino me manda a Indalecio e Indalecio me manda a Melquiades [Álvarez]... Voy de Herodes a Pilatos y entre todos me crucifican”». Murió antes de que ese círculo vicioso pudiera resolverse.

de otras que ya nos han saturado de sensibilidad, y con la sensibilidad, el corazón, y con el corazón la mente. Estamos condenados a volver a ver. La palabra creadora ya surge, de raro en raro y sólo por excepción, de nuestros labios o de nuestra pluma; las sensaciones que nos aguardan son las viejas conocidas, que no guardan ningún secreto para nosotros; cambiamos a buen precio todas nuestras esperanzas por nuestros recuerdos, y advertimos que arrastramos una cadena: la del espacio, la del tiempo –ambos limitados–, la de la insoportable compañía de nosotros mismos.

Madrid, 2016